a esclavitud es condición esencial de la vida, mientras parécele imposible la libertad.

Casi de igual manera, el obrero, obligado por siglos y siglos y hasta habituado a esperar el trabajo, es decir, el pan, de la buena voluntad del patrón y a ver su vida siempre a merced de los poseedores de la tierra y del capital, ha concluído por creer que el patrón es quien le da de comer, y se pregunta, naturalmente, cómo podría vivir sin el burgués.

Esto es lo mismo que si, no obstante haber nacido con las piernas atadas, encontrásemos un medio cualquiera de andar y achacásemos la facultad de movernos precisamente a aquellas ligaduras que no hacían otra cosa que disminuir y paralizar la energía muscular de nuestras piernas.

Por consiguiente, si a los efectos naturales de la costumbre, se agrega la educación del burgués, del cura, del maestro, etc., interesados en predicar que el gobierno y el burgués son necesarios, si se agrega la presión del juez y del polizonte, esforzándose siempre en reducir al silencio al que de otra manera piensa y trata de propagar sus ideas, se comprenderá como ha podido hacer presa en el cerebro poco cultivado de la masa laboriosa el prejuicio de la utilidad y la necesidad del gobierno y del burgués.

Imaginémonos que, en supuesto caso de tener ligadas las piernas, un médico nos expone toda una teoría y mil ejemplos hábilmente inventados para convencernos de que con las piernas en libertad no podríamos andar ni vivir; defenderíamos con rabia nuestras ligaduras y tendríamos por enemigo al que tratase de cortarlas.

Por esto, como se cree que el gobierno es necesario y que sin el gobierno sólo habría desorden y confusión, es natural, es lógico que la anarquía, que quiere decir ausencia de gobierno, suene a ausencia de orden.

El hecho tiene, por otra parte, su explicación histórica. En el tiempo y en los países en que el pueblo creyó necesario el gobierno de uno solo *(monarquía)*, la palabra república (gobierno de varios), fué siempre empleada en el sentido de desorden y confusión, hasta el extremo de que este sentido aun se conserva vivo en el lenguaje popular de casi todas las naciones.

Modifíquense las opiniones, convénzase a las gentes de que el gobierno no sólo no es necesario, sino que hasta resulta dañoso, y entonces la palabra anarquía, por lo mismo que equivale a ausencia de gobierno, significará para todos: orden natural, armonía de intereses y necesidades de todos los seres, libertad absoluta en la absoluta solidaridad humana.

Sin embargo, personas hay que dicen que los anarquistas hemos escogido mal nuestro nombre, porque éste es comprendido de un modo erróneo por la masa y se presta mucho a una errónea interpretación. El error no depende de la palabra misma, depende de la cosa, y las dificultades con que tropiezan los anarquistas en la propaganda, no dependen del nombre que se han dado, sino del hecho de que aquél va contra todo prejuicio inveterado que tiene el pueblo en las funciones gubernamentales, o, como generalmente se dice, sobre el Estado.

***

Antes de seguir adelante, bueno será que nos expliquemos acerca de esta última palabra, la cual, en nuestro concepto, es causa verdadera de muchas confusiones.

Los anarquistas, y entre ellos nosotros, se han servido generalmente de la palabra Estado, entendiendo por tal el conjunto de todas las instituciones políticas, legislativas, jurídicas, militares, financieras, etc., por medio de las cuales arrebátase al pueblo la gerencia de sus propios asuntos, la dirección de su propia seguridad, confiándolas a algunos que por usurpación, por delegación, hállanse investidos del derecho de legislar sobre todo y para todos y de forzar al pueblo a respetarlos, valiéndose del apoyo que le presta el poder de todos.

En este caso, la palabra Estado quiere decir gobierno, o bien la expresión impersonal, abstracta, de aquel estado de cosas que el gobierno personifica. En este caso, las expresiones *abolición del Estado, sociedad sin Estado*, etcétera, responden exactamente al concepto que los anarquistas quieren significar de destrucción de todo orden político basado en la autoridad y de constitución de una sociedad de hombres libres e iguales, basada en la armonía de los intereses y en el concurso voluntario de todos al cumplimiento de los deberes y cuidados sociales.

Mas la palabra Estado tiene otros muchos significados, y entre éstos, algunos que se prestan al equívoco, mucho más cuanto que se trata con hombres cuya triste posición social no les ha dejado acostumbrarse a las delicadas distinciones del lenguaje científico, o peor aún, cuando se trata con adversarios de mala fe que tienen interés en confundirlo todo y nada quieren entender.

La palabra Estado se usa, por ejemplo, con frecuencia para indicar una determinada sociedad, cierta colectividad humana reunida en un determinado territorio, formando lo que suele denominarse un cuerpo moral, independientemente de la manera de agruparse y entenderse de sus miembros.

Usase también sencillamente como sinónimo de Sociedad, a causa de cuyo significado creen nuestros contrarios, o fingen más bien creer, que los anarquistas queremos abolir toda relación social, todo trabajo colectivo, y reducir al hombre al aislamiento, esto es, a una condición peor que salvaje.

Asimismo se entiende por Estado la administración suprema de un país, el poder central diferente del poder provincial o municipal, y por este otro sentido se figuran que los anarquistas queremos una simple descentralización territorial, dejando en tal estado el principio de gobierno, y confunden de ese modo la anarquía con el comunalismo o con el cantonalismo.

Estado significa, en fin, condición, manera de ser, régimen de vida social, etc.; y por esto decimos, por ejemplo, que *precisa cambiar el estado económico de la clase obrera* o que *el estado anárquico es el único estado social fundado sobre la base de solidaridad*, y otras frases por el estilo que, en nuestros labios, ya que por otro lado decimos que aspiramos a la abolición del Estado, pueden a primera vista parecer paradójicas y contradictorias.

Por estas razones opinamos que es conveniente emplear lo menos posible la expresión *abolición del Estado*, y reemplazarla por esta otra, más clara y más concreta: *abolición del gobierno*.

De todas maneras, esto es lo que haremos en el curso del presente trabajo.

E. MALATESTA

Razones y Palos

Leyendo y comentando

Yo comprendo que la soledad de la celda carcelaria sea una tortura moral horrible para el que no lee, para el que no sabe leer... Siempre solo, solo con sus lúgubres monólogos internos y externos, no me extraña que algunos acaben por idiotizarse y para los cuales la celda de la cárcel sea la antesala del manicomio.

Pero para el que lee, para el que se deleita en leer y gusta escribir, las horas de la celda no pesan tanto sobre su *psiquis*. Para el recluso a quien le *acompañan* estas condiciones, la soledad no existe; piensa pero *no habla solo*. Habla con los libros y con los periódicos que le *visitan* diariamente y asiente o impugna lo que dicen, y le enteran de cuanto extraordinario sucede en la ciudad, en la nación y en el mundo.

Y en sus últimas visitas, los periódicos me han enterado:

De que en el Palacio de Justicia de Barcelona, se ha celebrado un juicio por *robo* contra Juan Campamá Boxados, después de un año de prisión *preventiva*, al que se acusaba de haber robado *cuarenta céntimos* de un contador de gas de los llamados «traga perras», que son unos verdaderos ladrones mecánico-automáticos, y que, *después de un año* de prisión, el acusado ha tenido la gran chiripa de que el fiscal se diera cuenta de que *no existía delito* metiéndolo a la calle, y cuyos gastos de juicio costaron ciento cincuenta pesetas...

En cambio, me entero también de que la Compañía del Gas de Madrid, ha subido en un 20 por ciento el precio del gas, no obstante comprar el carbón del que se extrae el flúido a 16 pesetas la tonelada y venderlo a ¡80!

Esto es un verdadero robo por partida doble; una estafa monstruosa por su cuantía, con la agravante de ser continua... pero los capitalistas tienen el derecho de robar, tienen este privilegio otorgado por la ley de propiedad, por lo cual la ley de subsistencias resulta un mito, y por lo cual no hay cuidado de que sean procesados y encarcelados *preventivamente*, porque para ellos la *justicia* tiene a priori retirada la acusación...

Y me dicen también mis *visitantes* cuotidianos, que el Gobierno, para hacer efectiva la *corregida* ley de subsistencias, va a proceder... al nombramiento de unas Juntas, para que éstas procedan... a su vez al nombramiento de comisiones y sub-comisiones, y que una vez hecho todo eso, se procederá... a la redacción de un reglamento para que se proceda... luego a su impresión, después de haberse procedido a la aprobación del Gobierno para su examen, y con cuyo procedimiento se aplicará la ley tal vez para las kalendas grecas, si antes no se ha procedido a... la derogación de la misma ley.

Pero al mismo tiempo, me dicen que con motivo de las últimas lluvias la flamante ley queda poco menos que innecesaria, pues el mismo jefe del Gobierno ha manifestado a los periodistas que «con estas lluvias mejora la sementera, por lo que bajará el precio del trigo, habiendo la *providencia* allanado mucho el camino para solucionar la cuestión de las subsistencias.»

Lo que quiere decir, que el conde de Romanones confía más en la *providencia* que en la eficacia de la ya tan desacreditada ley.

Y *La Vanguardia* me dice:

«Cada día es más difícil de resolver el problema de las subsistencias y de otras muchas cosas de primera necesidad. La carestía aumenta sin cesar y alcanza a todo, aun a lo que tiene menos justificación, con la agravante de la falta de trabajo. De ahí que no valgan los mayores esfuerzos en pos de introducir economías para conseguir el equilibrio en el presupuesto doméstico, sin que por desgracia puedan las amas de casa levantar empréstitos, como hacen los ministros de Hacienda para salir trampas adelante.

Pero no es eso lo más grave, con serlo tanto, sino que la inmoralidad adquiere proporciones pavorosas en todos los órdenes. No se oye hablar, en voz alta o baja, más que de vergonzosos escándalos; son numerosos los desfalcos, las fugas, las estafas y robos con abuso de confianza...»

Pero *La Vanguardia* no me dice que *su señor* cobra 60,000 pesetas anuales de La Papelera Española para NO vender papel de su fábrica, contribuyendo con ello a una carestía injustificada, lo que constituye una inmoralidad y escándalo vergonzosos, pero que con ello el señor Godó seguramente no tendrá necesidad de introducir economías en su presupuesto doméstico, aunque sí las introduzca en el salario que *da* a sus explotados obreros, cuyas «amas de casa» no pueden conseguir el equilibrio en el presupuesto doméstico ni cobrar escandalosas primas para el mantenimiento de la carestía, ni por tales *méritos* obtener títulos de *nobleza*...

Y me entero también de que los estudiantes han promovido «desórdenes públicos» en reclamación de... hacer el burro, por lo cual han apedreado tranvías, en cuya refriega han cometido además los delitos calificados de «atentado» y «desacato, resistencia y agresión a la fuerza pública», sin que ésta hiciera por ello ninguna salvajada, lo que me satisface, y sin que se llevara a la cárcel, esta *mi* casa, a ningún estudiante, de lo que me congratulo también.

Pero también me entero de que en Alburquerque una multitud de famélicos, hombres, mujeres y niños, fueron a comer bellotas en un campo del que un señor feudal alega ser propietario, y por no haber obedecido a la fuerza pública para que se retiraran, ésta disparó sus fusiles ¡una vez más! matando e hiriendo a varios de aquellos infelices.

Pero ¡ah! estos son obreros, carne de plebe despreciable...

Y los estudiantes son señoritos de la *buena* sociedad, los futuros gobernantes y legisladores, los hijos del alma de los actuales tiranos y explotadores del pueblo...

Una virgen apócrifa

Hasta ahora teníamos en Barcelona «andaluces del Clot» e «italianos del Poble Sech». Ahora tenemos además una «Lourdes de la Fransa Xica». Así nos lo hace saber el cura Antonio Mirabet en un artículo recién publicado en *La Vanguardia* de Barcelona.

De él reproducimos lo siguiente.

«Recordaréis que en la barriada llamada la «Fransa Xica» había una modesta iglesia, que conocida vulgarmente con el título de Santa Madrona antigua, era el legítimo orgullo de aquellas gentes que habían crecido a la sombra de la misma y en donde se guardaron por tantos años las venerandas reliquias de la co-patrona de Barcelona.

Pero si grande era el santo orgullo que tenían de poseer el cuerpo de la invicta virgen y mártir, no era menor el que sentían por tener en ella la primera imagen que bajo el título de Lourdes se veneró en España.

La devoción que aquellos modestos habitantes y aún Barcelona entera profesó a la virgen benditísima de los milagros, lo confirmaban los piadosos e incontables *ex votos* que llenaban las paredes de su altar y que eran el testimonio mudo, pero elocuentísimo, de las bondades de aquella que se complace en llamarse la *salud de los enfermos*, el *consuelo de los afligidos* y el *refugio de los pecadores*. ¡Oh, qué escenas más tiernas yo mismo he presenciado al pie de aquel altar! ¡Cuántas lágrimas que se escapaban de los ojos de numerosos visitantes que venían del centro de la urbe a implorar de la virgen la gracia de una curación o venían a rendirle pleno homenaje de acción de gracias por haberla recibido! ¡Cuántos oficios de devoción celebrados por favores alcanzados! ¡Cuántas *misas* por promesas hechas para obtenerlas! ¡Cuántos cirios que ardían ante su altar como el fuego de los corazones de los devotos que los ofrendaban en demanda de bendiciones!»

Como se ve, hasta aquí el cura Mirabet solo nos habla de *lo que fué*, de sus *gratos recuerdos* anteriores al mes de julio de 1909, *tiempos felices* en los que aquel *establecimiento* religioso *daba* aún bastante *producto* en misas, cera y demás dádivas que se truncaron en dicha fecha, y en la que el anterior fuego de los cirios y el de los corazones de los devotos se trocó en fuego voraz como si el templo fuese un antro infernal y como si la virgen y las imágenes de los demás santos de ambos sexos fuesen almas en pena...

Así lo recuerda también amargamente el cura Mirabet, cuando dice lo que sigue, entrando ya de lleno en buscar la manera más pronta para *poder* reanudar los milagros de la virgen y la *producción* de misas con la nueva *fábrica* religiosa reedificada:

«Pero vino la *semana trágica* y... desapareció con el templo aquella primera imágen que tal vez *colmara de bendiciones al que acercó la primera tea*.

Mas si desapareció la imagen de su primitivo altar, no ha desaparecido, ni debe desaparecer de nuestros corazones agradecidos nuestro amor a tan bondadosa madre que en el cielo está esperando nuestra reparación de las ofensas que en aquellos aciagos días recibiera, y sentar de nuevo sus sagradas plantas en el mismo sitio de do fuera arrojada, para continuar desde allí su misión maternal de prodigar sus ternuras.

Sí; hoy Barcelona cuenta con un nuevo templo, que ha sido felizmente llevado a cabo por la inagotable caridad y constante y encendido celo en pro de las almas de sus diocesanos por nuestro queridísimo e infatigable obispo, doctor don Enrique Reig y Casanova, quien no ha perdonado medio para que fuera digno del culto que en él se había de dar.»

Y una cosa se desprende de esto transcrito: la conducta contradictoria entre la virgen que «colmaba de bendiciones» a los incendiarios, mostrándose favorable a los mismos además por no haber hecho milagro alguno para evitar aquellos «hechos vandálicos», y los católicos militantes eclesiásticos y civiles con sus maldiciones pecadoras, clamando venganza y pidiendo la muerte para aquellos a quienes la misma virgen había «colmado de bendiciones» por sus actos...

Y en sus alabanzas al obispo Reig, añade:

«Interesándose también por el fomento de la devoción a la virgen, ha escuchado y accedido benignamente a las súplicas que le hemos elevado para que fuera dedicado dicho templo a la Santísima Virgen, bajo el título de Lourdes, en atención a lo arriba expuesto y que agradecemos en el alma a nuestro prelado.»

Más importante que el templo y su funcionamiento, con serlo mucho, lo es, para el *padre* Mirabet, el nombre que ha de llevar la *virgen reconstruída* y cuyo título lo ha de ostentar el nuevo establecimiento para su mayor fama, lo que desvirtúa bastante aquello de que «el *nombre* no hace la *cosa*.»

Efectivamente; no anda desacertado el cura de la Fransa-Xica.

Ejemplo: Sabido es que la marca del «anzuelo» ha sido la que más fama ha dado a los productos; de ahí las imitaciones y adopciones de la misma, pues no es el «género» lo que acredita la mercancía, sino la «marca», lo que hace bueno y verdadero aquel adagio que dice: «cobra fama y échate a dormir»...

Y sabido es también que el nombre francés de *Lourdes* está en el apogeo de la fama entre los diversos títulos de *virgen* que tanto rendimiento dan al comercio y a la industria de las naciones católicas, y de ahí la preferencia por el nombre de Lourdes, original de la *gran Francia* y adoptado para la *Francia Chica*, barriada de los suburbios de Barcelona.

Y en llegando aquí, mosen Mirabet, no confiando en ningún milagro de la virgen, hace un llamamiento a los «generosos y buenos corazones» de los lectores, con objeto de que aflojen la mosca para la terminaciód definitiva del templo, que es el único *milagro* que se proponía demostrar.

Pero desconfiando también de estos les dice:

«Se lo que vais a contestar: que los tiempos son muy malos... que las cosas van muy mal... Sí, es una verdad más grande que el templo que se ha levantado; pero...»

Y aquí les echa en cara que, no obstante, llenan los cines, los teatros, los cafés, los toros y «*los demás sitios*, más que de diversión de corrupción», lo que demuestra que el *Cielo* protege tanto más que a los templos católicos, a los templos de Talia, de Cúchares y de Venus...

Y otras *revelaciones sensacionales* hace a continuación el presbítero *franco-chico*, que nos han llenado de estupor. Una es la de acusarse a sí mismo y a los católicos a quienes dirige el *mangueo*, de haber tomado parte en los hechos sacrílegos de 1909, diciendo:

«Si ofensas recibió la Virgen en su altar en su imagen en 1909, que reciba reparaciones en su nueva iglesia en 1916. ¿Y qué mejor reparación, ya que tanto la *ofendemos*, que ofrecerle cada cual una limosna para que Ella por ella interceda ante su divino Hijo para *otorgarnos* el perdón?»

¡Y esto es grave! Ello implica una parcialidad prevaricadora en la justicia humana y una ofensa más para la justicia divina. Lo primero, porque de ello se desprende que, a sabiendas, a unos culpables se ha castigado y a otros no. Y lo segundo, porque es afirmar que Dios, sólo a cambio de dádivas de dinero otorga perdones y amnistías, lo que no tiene *gracia* alguna y cuya ofensa resulta mayor si se tiene en cuenta que un mortal imperfecto, un pecador tan grande como Romanones, otorga amnistías gratuita y *graciosamente*...

Y la otra revelación no menos gorda y sacrílega, es la de que la guerra europea no es otra cosa que un castigo de Dios, y que la paz y el mantenimiento de la neutralidad de España, sólo pueden lograrse dando para ello mucho dinero a la virgen... por mediación del *despacho* parroquial de la Fransa Xica, diciendo:

«¿No son calamitosos los tiempos? ¿No deseamos todos ardientemente la paz y en particular que se vea nuestra patria libre del azote divino con que hoy flagela Dios a las naciones vecinas? Pues uno de los medios de aplacar la justa indignación del Señor es también la limosna, y si ésta la hacemos en honor de su augusta Madre en el misterio de su Inmaculada Concepción, ¿qué valor no tendrá cuando Ella misma plugo manifestarse con esta prerrogativa junto al Gavá a Bernardeta Soubirous en las rocas de Massavielle y gruta de Lourdes?

Dad, pues, una limosna para el templo de Nuestra Señora de Lourdes, de la Fransa Xica, rogando a la Virgen por nuestra patria, por la Iglesia y por el Papa, repitiendo al entregarla:

¡Reina de Lourdes bendita,
sin mancha en tu Concepción!
Por el Papa y por tu España
ruega ¡oh Madre! ¡Ruega a Dios!

El Cura teniente, *Antonio Mirabet*, pbro.»

Así termina tan *ingeniosa* alocución para hacer *dinero* milagrosamente.

Es decir, no termina del todo, porque hay una nota que dice que los donativos podrán entregarse en el despacho parroquial, calle tal, número cual, piso principal...

¿Qué tal?
Que el tal curita es un *tío Frescales*, que por la pesca
de dinero, hace la *llesca*
a la Corte celestial.
Y que el fiscal es impío,
por influencia diabólica,
pues que la prensa católica
no lee el señor fiscal.

MONTEGUALDO

NOTAS AL MARGEN

Los hombres de mañana

Los futuros picapleitos, los matasanos en embrión, los aspirantes al descansado cargo de directores del tinglado social, han estado de huelga estos días, ni más ni menos que los pobres pelagatos que de vez en cuando piden más jornal o menos horas de trabajo. No es la primera vez que los retoños de la gente del orden apelan, para lograr sus fines, a esta arma plebeya y demoledora, como denominan a la huelga los respetables papás de los actuales huelguistas.

Pero así como *todo es según el color del cristal con que se mira*—según dijo el poeta,—así también las huelgas son punibles cuando son declaradas por obreros, y legales e inofensivas cuando los huelguistas son de la clase estudiantil; que no en balde hay clases y categorías, y hay que distinguir entre el descamisado que abandona el taller demandando unos céntimos de aumento en el jornal y el señorito que promueve algaradas callejeras en vez de acudir a las clases universitarias.

Y ¡voto a dios! Que en esta ocasión los encargados de *distinguir* lo han hecho de primera. Desde los periodistas, que al decir de ellos fueron estudiantes, aunque no dicen si estudiaron, hasta el ministro de la Gobernación, que aunque parezca mentira, también fué estudiante en su juventud, han tratado con un cariño y una complacencia a los revoltosos, que, mejor que de huelguistas, hubiérase dicho que se trataba de rorros hambrientos a quienes la prensa y la autoridad, convertidas en amas de cría, daban el pecho para hacerles callar

Hubo una excepción entre estas amas; *La Lucha* se puso acíbar en los pezones, ¡y allí fué el gritar de los estudiantes! ¿Qué se figuraba la tal y cual?

Amargar así el dulce nectar de la vagancia y el jaleo, era para hacer perder la cabeza al hombre más resignado y apático: y los aprendices de sabio, que desconocen la resignación y la apatía, porque no hay quien les tenga a raya, descargaron sus iras, no sobre los redactores de *La Lucha*, sino sobre la puerta de la redacción, que a buen seguro tenía tanto que ver con el acíbarado artículo que amargó las estudiantiles bocas, como nosotros con la muerte de Cristo.

Pero salvo esta pequeña contrariedad, los huelguistas universitarios se dedicaron a la coacción, al apedreamiento de tranvías, al desorden público y al mitin libre, sin que los podencos del orden les dieran caza ni les mandaran a la casa de socorro. Conste también que la prensa, hecha excepción de *La Lucha*, se contentó con aconsejar calma y cordura, sin que se la ocurriera encomendar la solución del conflicto a santa *Estaca* gloriosa.

¡Ya se ve! ¡Cualquiera se mete con esos jóvenes que asaltan redacciones y que, como vulgarmante se dice, tienen el padre alcalde!

Y la policía, ¿no estuvo también a la altura de las circunstancias? ¿Iba a exponerse un sabueso a perder el mendrugo por tundir las costillas a un mozalbete, o que luego habría resultado hijo o sobrino de cualquier tío influyente? ¡No, y mil veces no! Antes que la conservación del orden, está la conservación de la pitanza; y sobre todo; no debe hacerse derroche de energías autoritarias para reducir a unos estudiantes, estando como está al caer una buena ocasión para poner a prueba las energías policiacas; ¿no se anuncia una huelga para dentro de poco? Pues aquí estamos los obreros, dispuestos a recibir los palos autoritarios que nos toquen, más los que debían haber tocado a los estudiantes.

No vaya a creerse, por lo dicho, que nos habría gustado ver correr la sangre estudiantil; nada de eso; la chola de un estudiante es tan respetable como el mondongo de un obrero; y ni la una debe abrirse de un sablazo, ni el otro debe ser perforado por una bala gubernamental; pero nos revientan, nos encorajinan y nos sublevan estos distingos de la prensa y las autoridades, entre las huelgas obreras y las huelgas de *los hombres de mañana*, como llaman enfáticamente a los estudiantes.

JUANONUS

Del eterno drama

Hoy nos sentimos con bríos y con impulsos para escribir un artículo brutal; un artículo lleno de maldiciones como los versículos del libro de Isaías, o como los *Castigos* de Víctor Hugo. Hoy hemos sentido en el corazón un latigazo cruel como la mordedura de una víbora, como la punción de una saeta envenenada, que hasta en nuestra mente se han subvertido las ideas.

Nosotros tenemos un amigo cuya alma es un manantial de ensueños inagotable, una fuente de ilusiones inextinguible. Un hombre que no comprende la misantropía y el excepticismo; que no quiere convencerse de que en la vida es todo mentira; de que en el mundo no hacemos más que soñar—como decía Calderón;—de que la existencia y la humanidad es un carnaval, trágico y perpetuo.

Pero he aquí que hoy hemos encontrado a este amigo, sombrío como un cielo hinchado de nubes, como una noche negran sin luz y sin rumores. Le hemos interrogado y nos ha referido una reciente y muda tragedia, desarrolla en su alma.

Hela aquí:

—Yo tenía una novia muy linda y muy buena. La quería mucho. Era la síntesis de mis ilusiones y de mis esperanzas. Había puesto en su amor todo el fuego y toda la energía de mi espíritu. Era mi Cloe, mi Beatriz, mi Julieta, mi Elvira, mi Dulcinea. Era la obsesión constante de mi pensamiento y el estímulo incesante de mi razón. Amándola, comprendí el por qué de esas grandes virtudes, que se llaman: fe, sacrificio, esperanza... Su frente había sido para mí, como un diáfano cielo iluminado por una aurora bíblica. . Pues bien; hoy me ha dicho una persona amiga: ¿Esa es tu novia?... No estás en tu pleno juicio, chico. Tú no conoces la novela que ha vivido la madre de tu novia Te la diré en pocas palabras. ¿No sabes que su marido no vive con ella?... ¡Qué atrasado estás!... Pues, sí; no vive el marido con ella, porque en una ocasión en que estuvo ausente dos años, se halló al volver a casa con un niño de dos meses, y cuya paternidad no podía pertenecerle según la ley biológica, que establece que el feto no puede estar en el vientre materrial más de nueve meses. Desde entonces la dejó el marido, y ella ha tenido que criar sola los cuatro hijos, pero como comprenderás, de una manera indecorosa. Sobre la hija pesa, no sólo la culpa de la madre, sino que también la inclinación hacia la corrupción, hacia el libertinaje, hacia la infidelidad conyugal... Te aconsejo que la dejes en paz; esa muchacha no sirve para mujer legítima de nadie; no sirve más que para querida. Procura olvidarla...

Y el amigo ha añadido:

¡Ahora me explico algunas rarezas de su carácter!...

Pero nosotros, al verle decidido a renunciar a la mujer amada, le hemos increpado con indignación.

¿Conque, es decir, que esa muchacha te pareció santa y buena mientras ignoraste el proceso inhumano y bárbaro en que la moral estúpida de la sociedad cristiana condena la conducta de una mujer que ha tenido el valor de despreciar todas las preocupaciones odiosas de esta civilización infame, para ser humana antes que todo? ¿Y temiendo que la hija herede la conciencia de la madre procuras huir de ella?... Pues mira, eres un infeliz. Eres digno de que todas las mujeres te engañen y se te burlen. Y sabe una cosa: el honor es mentira. El honor no consiste en una víscera, no consiste en nada, como no sea la elevación de los grandes sentimientos. Ese código penal en que se obliga a la mujer a guardar una fidelidad absurda que va contra las leyes naturales, es un código africano. Eso no ha podido concebirlo más que el pueblo indio. Aquel pueblo cobarde y envilecido, padre de todas las miserias y de todas las ruindades, y padre de la miseria máxima, de la máxima plaga que ha atacado a la humanidad: del cristianismo.

Hay que devolver al hombre la pureza de su origen, como quería Rousseau. Hay que defender el adulterio, y hasta predicarlo. Hay que honrar y venerar a todo el que se rebela contra el orden de cosas existente. Hay que borrar de una vez el estigma de Caín. Hay que atentar contra la «razón» de la familia. La herencia, sea de lo que fuere, es una monstruosidad. No hay derecho a heredar nada, y menos el vilipendio. Hay que devolver a la naturaleza el imperio de la vida; y si es inevitable, debe preferirse la Roma cesárea de la disolución, a la Roma papal del pecado y de la abstinencia; de los conventos sombríos, de vírgenes emparedadas y de hombres castos.

DIEGO RAMON

LA GUERRA ABSURDA

Tal como lo publica *La Vanguardia*, de Barcelona, reproducimos el siguiente magistral artículo. No es de un anarquista. Como verán nuestros lectores, es de un creyente. Presenta la guerra en su cruda y terrible realidad, y creemos conveniente que nuestros lectores se convenzan del criterio que sobre la guerra tienen los hombres que escriben con relativa independencia.

El espectáculo que ofrece la energía desplegada por los ejércitos de las trincheras y detrás de ellas, donde se lucha, me ha producido siempre estupor, asombro, desconcierto, sorpresa; pero nunca sentimiento alguno de admiración pura que haya elevado a mi espíritu. De las trincheras suelo regresar yo abatido, triste y apesadumbrado, confusa la mente, amargado el corazón, exangüe la voluntad, con unas cuantas ilusiones de menos y unos desengaños más, ante los ojos, más tupido que nunca, el velo negro del pesimismo.

No puedo evitarlo, y no puedo, aunque lo intento esforzadamente, conseguirlo. Es algo que me domina y contra lo que me rebelo en vano. Bien quisiera yo que no fuese así, pero aunque lo procuro no puede ser de otra manera. Aborrezco la guerra con todas las fuerzas de mi alma, es mi más enconada aversión, mi odio más profundo, la detesto, me desespera y me repugna. Si, como los antiguos, tuviésemos nosotros también un dios de la guerra, me iría a su templo y lo demolería. La guerra es para mi boca, hiel; para mis ojos, horror; para mi corazón, náuseas y congojas de muerte; para mi mente, un agudo y constante tormento, el más cruel de todos, el tormento de lo absurdo.

He querido librarme de él, y al regresar de los campos de batalla, encerrándome en mi cuarto de estudio, rodeado de libros que otros reputarán de sabios y profundos, hundiendo, abismando mi pensamiento en sus páginas, como el teólogo que se afana por descubrir e interpretar las revelaciones divinas, así he tratado yo, con ansias dolorosas e infinitas, de hacer luz en mi cerebro, de comprender lo incomprensible, de explicarme lo inexplicable. Todo inútil; me ha parecido que naufragaba en un océano de falsedades y de mentiras, de egoísmo y de hipocresía.

La realidad me ha enseñado a mí otras cosas. Yo no he podido evitar que el dolor de los demás se hiciese también mío, ni que mis lágrimas se mezclasen a las suyas. El vaho de la sangre y el humo del incendio me han sofocado a menudo. Conozco a quienes luchan y a quienes quieren que se luche; se que por cada culpable hay millones de inocentes; pretendo saber cuáles son los móviles y siento que el fin al que indefectiblemente se va a parar no es ninguno de los fines que se persiguen. Soy un convencido de la inutulidad de esta lucha, que sólo destruye; de este inmenso sacrificio, que nada salva y que de nada sirve. O los hombres se han vuelto locos o se han equivocado al querer seguir escribiendo la historia como se había escrito hasta ahora. Donde debía haber empezado una era nueva, se ha retrocedido de muchos siglos. Tal vez pecaron de soberbia, creyéndose muy altos, y Dios los castiga: esclavos de las máquinas que inventaron y con las que se creyeron dioses, las máquinas son las que continúan la guerra, a despecho de ellos mismos, impotentes para dominarlas después de haberles infundido la vida. Ese es el castigo.

¡Las trincheras, la zona de lucha! La región de lo absurdo. ¿Veis ese formidable cañón, monstruo de acero, hábilmente emplazado detrás de esos árboles? Costó muchísimo trabajo traerlo hasta aquí; para sustentarlo se han necesitado unos cimientos más profundos y resistentes que los que exigiera un gran edificio; en la construcción de todo cuanto le rodea emplearon los servidores de esa pieza, semanas enteras, trabajando de día y de noche. Un día, tal vez cercano, descubierto por los ojos de águila de un aviador enemigo o delatado por algún desertor o espía, las baterías del contrario lo tomarán bajo su fuego y, como él destruyó a otros, será a su vez destruído. Las copiosas municiones que se almacenan bajo tierra para él, se consumirán de una sola vez, en un solo y horrísono estallido. Un hermano suyo, tan monstruoso como él, vendrá a substituirlo y será emplazado a unos centenares de metros de aquí. Este otro, un día, cansado de vomitar fuego por su boca, reventará como un sapo, como un horrendo sapo. Las municiones que, sin moverse de su sitio, haya consumido durante varios meses, con las que habrá hecho papilla a unos centenares o miles de infelices soldados y habrá cribado unos cuantos kilómetros de tierra, representarán el trabajo de varios miles de hombres y mujeres durante largo tiempo y un capital más que suficiente para hacer feliz a una extensa región. Al pasar junto a ese estupendo artefacto de la guerra moderna, abriremos, sin embargo, dos palmos de boca, ensalzaremos su enormidad y su mecanismo, preguntaremos por su calibre y su coste, lanzaremos unas huecas exclamaciones de admiración y de asombro y poco faltará para que nos arrojemos a sus pies y lo adoremos como a un fetiche. ¡Miserable instrumento!, ¿de qué sirves, justificas siquiera lo que has costado?...

Ved ahí, en ese bosque: varios miles de hormigas humanas, acalenturadas, con una actividad frenética y demente, destripando la tierra, abatiendo los árboles, acumulando materiales de construcción en cantidades ingentes. Vienen trabajando sin descanso desde hace ya varias semanas y continuarán así por espacio de muchos meses. ¿Qué hacen? ¿Vienen de tierras lejanas, inclementes y misérrimas, a establecerse en estos lugares, más ricos y productivos, o más bellos y más sanos? No Son soldados que construyen un campamento. Una verdadera ciudad acabarán por edificar, pero inestable, inútil dentro de poco, efímera. Tal vez mañana, habiéndole ganado una importante batalla al enemigo, avancen esos ejércitos veinte o treinta kilómetros. El campamento quedará ahí, deshabitado, inservible, inútil. Quizás, por el contrario, sea el enemigo quien avance. De todo este capital y este trabajo no quedarán nada más que unos revueltos escombros. ¿Cuál no es, sin embargo, nuestra admiración al contemplar este impresionante espectáculo, qué no diremos para expresarla, a qué raptos de imágenes y hasta de hipérboles no nos inducirá luego el entusiasmo al describirlo?

Recorred estas trincheras: un técnico os dirá que lo son modelo. Durante dos años se viene trabajando en ellas y cada día es mayor el trabajo que exigen. Son profundas, resistentes, se las considera como inexpugnables. Pero no lo creais. Cuando menos se piensa en ello y más convencido se esté de su inexpugnabilidad, concentran varios días sobre ellas su fuego mil cañones enemigos, las remueven con varios millones de proyectiles y de todo ese formidable bastión y su soberbia no quedan pronto nada más que unas zanjas deformes, medio cegadas, a las que se acaba de rellenar luego para que sirvan, por lo menos, de tumbas. ¡Magnífico, soberbio, admirable, milagro de la voluntad, obra perfecta de la ciencia y experiencia humanas, caudal inagotable de energía! ¿Qué no diremos ante esta maravilla? Sin embargo, ¿sabéis para qué se realizó, sabéis qué objeto tiene, sabéis para qué servirá hasta que no venga un aluvión de metralla a destruirla? Pues para que unos miles de hombres vengan a dejarse matar en ellas, poco a poco, unos cuantos cada día, sin notarlo ni sentirlo, y para poder matar desde ellas a otros tantos miles de hombres que están enfrente, al ilusorio amparo de otra maravilla como ésta, poco a poco también y también casi sin notarlo ni sentirlo.

Fijaos bien en estos soldados: nacidos en un pueblo rico y culto, favorito de la prosperidad y mimado de la fortuna, antes de la guerra eran todos ellos seres felices. El uno, un menestral honrado, padre de familia, que ganaba muy buenos jornales y vivía con desahogo; el otro, un activo comerciante que veía gozosamente crecer su capital como la espuma; éste, maestro de escuela, donde el ser maestro de escuela es profesión de mucha honra y provecho, sentíase feliz en su alto ministerio, respetado por todos, como un ser escogido; ese era escritor, aquél pintaba cuadros, el de más allá un industrial emprendedor y con fortuna; aquéllos pacíficos campesinos, nobles de corazón y de alma sencilla. Todos esos hombres, antes de la guerra, trabajaban mucho; de una raza joven, fuerte y animosa, tenían un ideal, un objetivo y la dosis de ambición y la energía suficientes para llegar a él. El espectáculo de su propio progreso y los goces de su bienestar, estímulo y acicate eran para su labor, beneficiosa a todos.

Su vida actual es algo tan absurdo que ni siquiera lo sanciona o explica la fuerza de la costumbre. Es una vida al revés, una vida extraña, incoherente e inconcebible. Parece como si la sociedad los hubiese arrojado de sí, condenándolos por un crimen que no han cometido. Comen mal, duermen peor, trabajan con exceso, lo mismo de día que de noche, en labores que no fueron nunca las suyas y que nada producen: sucios, desgarrados, hacinados en cavernas sin aire y sin luz, momentos hay en que sienten repugnancia de sí mismos; viven días que parecen años; y en los dos años que ya llevan, muchos son los hombres jóvenes que han envejecido; el sol los abrasa, el cierzo los hiela, todo genero de enfermedades inmundas los acomete y arruina, la muerte los persigue sin tregua; la nostalgia es como una fiebre que los va consumiendo léntamente; en sus espíritus, faltos de cultivo, crece la cizaña de las crueles ideas y de los sentimientos condenados a un destierro tan atroz. Luchan, pelean, matan y mueren por la patria.

Cuando se les da la orden de salir de las trincheras y lanzarse sobre sus enemigos, esos hombres dejan de ser hombres. La frente se les estrecha y reduce, como ahogando todo pensamiento bajo la misma; los ojos se hunden, endurécense como si fueran de acero y el fuego que les abrasa sale por ellos hecho llamas y hecho chispas; muestran los dientes, como las fieras al acometerse, y perdido el don de la palabra, de sus gargantas no salen nada más que gritos y rugidos; en sus movimientos hay agilidad felina, arrástranse, ocúltanse, saltan y caen sobre el contrario como la pantera o el lobo al lanzarse sobre la presa apetecida, inyectadas en sangre las pupilas, aullando o rugiendo, como demonios, como salvajes, como dementes, perdida toda razón, desatados y enfurecidos los más crueles instintos, muriendo para poder matar, ebrios de sangre hasta el delirio. Ni piden gracia ni la dan, porque tampoco a ellos se les da ni la piden. Cuando acaba la lucha, tardan mucho, a veces horas enteras, en «volver en sí». Yo los he visto: los músculos relajados, los miembros caídos, respiraban fatigosamente, murmuraban palabras incoherentes, vacilaban como beodos. Algunos lloraban. Y los ha habido que, privados del lenitivo de las lágrimas, al darse cuenta de lo que habían hecho, horrorizados, han recobrado la razón tan sólo para perderla de nuevo: han enloquecido.

Yo os digo que no solamente no es bello, sino que es de una horrenda fealdad el espectáculo, de una fealdad que repugna y deprime. Cuanto los poetas os canten y describan con palabras exaltadas y sublimes, es pura invención de sus excelsas fantasías; los poetas saben cubrir con flores las más purulentas llagas, revestir con brocados las miserias más atroces. Observad ese soldado que cierra los ojos y se pasa las manos por la frente: trata de ahuyentar la visión horrible. No le pidáis que os la describa, él sólo ansía olvidar. Oidle: «¿Cuándo podré olvidarlo, Dios mío?»

Los soldados, más que admiración, y la inspiran grande, muy grande, sin límites, mueven a lástima. Preguntadles y no encontrareis a uno solo que sienta odio por sus enemigos. ¿Por qué se matan, pues? Sus patrias corren peligro de muerte, y precisamente para poder librarlas de la muerte tienen sus hijos que dar por ellas la vida. Antes era al contrario: viviendo, viviendo mucho, cuanto más intensamente mejor, la patria se engrandecía. Hoy es preciso morir. Pero, ¿quienes son las patrias? ¡Abrid los ojos, héroes, las patrias sois vosotros mismos!...

***

Yo os digo que esta guerra es absurda, demente, inútil. Y que carece de belleza. Cuando haya cesado, la Humanidad se abochornará al recordar este período de su vida.

Tenía que vaciar mi corazón en el tuyo, lector amigo. Perdóname esta explosión de mi alma. Ya pasó el arrechucho. Ahora, siga el cataclismo. Venga otra vez a nuestras manos el libro de notas. Seamos fuertes y sigamos asistiendo a la tragedia, mirando al dolor cara a cara. Tal vez aprendamos a ser luego mejores.

ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODIÑO

TRABAJADORES: Leed y propagad **SOLIDARIDAD OBRERA**, *único periódico sindicalista que se publica diariamente, para la defensa de los trabajadores.*

Nuestras fiestas

Grata impresión nos van produciendo la serie de representaciones que siempre con fines altruistas, bien en beneficio de los presos, bien del diario *Solidaridad Obrera* u otros de índole parecida, se vienen realizando en Barcelona.

De fiestas de fraternidad y de cultura podríamos calificarlas, pues en ellas pasamos horas agradables, familiares entre los trabajadores, a la vez que se realiza verdadera obra artística cultural, representando dramas de carácter social, como *Los malos pastores* y *El Cristo moderno*, y de alta tesis, como *Fantasmas, La Buena gente, Los hipócritas* y otros.

En la función celebrada en el Teatro Apolo el día 14 había la novedad de representarse, mejor diríamos estrenarse, la revista *L'Observatori social o un habitant de la lluna*, de la que es autor el compañero *Juanonus*.

Había gran espectación para conocer esta obra, que sólo se había representado en dos centros obreros, y no quedaron defraudadas las esperanzas del público.

Fueron muy celebradas las escenas de los dos viejos despedidos de la fábrica, en la que hacía 40 años que trabajaban; la de la familia que emigraba, porque en su patria, trabajando, no podía comer, mientras triunfaban y gozaban los gandules; produjo gran hilaridad la escena del maestro de escuela, con sus punzantes ironías, y la de los *hermanos* de las cofradías.

De verdadera realidad es la escena en que aparecen los trabajadores esposados y amordazados entonando el himno «Hijos del pueblo, etc.», mientras se desgañitan gritando sus canciones las Hijas de María.

Al entonar las primeras estrofas del himno, se iniciaron los aplausos, que fueron estrepitosos al terminar la escena, que fué repetida y nuevamente aplaudida.

El compañero *Juanonus*, contrariando su natural modestia, fué obligado a salir a escena varias veces.

Fué un acierto el llevar la revista a un teatro, pues *si Juanonus quiere*, puede proporcionarnos ratos muy agradables en el mismo, y laborar por la propaganda.

Celebraremos que esta clase de fiestas se repitan, pues el público siempre responde a los esfuerzos de los iniciadores.

Un festival pro presos

Por carta de un antiguo compañero que reside en Tampa recibimos noticias del festival pro presos de España, efectuado en aquella ciudad americana, y del que sus organizadores se prometían grandes resultados.

Al efecto, se había hecho una gran propaganda y el grupo anarquista «Risveglio» había publicado un periódico exprofeso para el festival.

Un día continuo de lluvia echó por tierra los cálculos de los organizadores, pues el festival había de ser al aire libre, pero a pesar de todo se recaudaron 727 pesetas, que unidas a las que ya obran en nuestro poder, servirán para el reparto que haremos inmediatamente que las hagamos efectivas.

Bien hubiéramos querido publicar los detalles del festival; pero de ello se había encargado el compañero Gallart, a quien entregamos el ejemplar del *Risveglio*, mas el golpe autoritario deportando a dicho compañero nos ha imposibilitado de hacerlo.

Reciban los compañeros de Tampa nuestra felicitación por su interés en favor de nuestros presos.

Igualdad y variedad

A pesar de cuanto digan todos los defensores del régimen actual y los detractores de las teorías anarquistas, la *igualdad* y la *variedad* son llamadas a ser dos grandes leyes que deberán, indudablemente, constituir la base del sistema—o llámese como se quiera—anárquico; del funcionamiento de la futura sociedad igualitaria, tanto en el orden político-social, como económico, moral o intelectual. Igualdad y variedad han sido, son y serán siempre los pivotes concéntricos, en torno de los cuales gira sin cesar todo el rodaje de leyes y fuerzas de la naturaleza, tanto en los movimientos y transformación de la materia cósmica y orgánica, como en los fenómenos, movimientos y regularizaciones (dentro del espacio celeste conocido) de las leyes y fuerzas analizadas.

La Tierra es esferoide, gira en torno suyo en 24 horas, y en torno del Sol, astro, centro del sistema solar, en 365 días y 6 horas. Pues bien, Marte, Venus, Júpiter, Saturno y otros muchísimos más planetas, como la Tierra, son esferoides, giran sobre ellos en X horas; en torno del Sol en X días. Millones acaso de planetas secundarios giran en torno de estos planetas principales; otros giran en torno de otros astros, ejes de otros tantos sistemas. Otros planetas secundarios y terciarios, giran sobre ellos mismos y en torno de los antes citados. Todos, absolutamente todos los conocidos, son esferoides, con distintas dimensiones. Todos tienen sus días y sus noches, sus años, sus eclipses, más o menos largos, más o menos fríos o calientes. Todos recorren órbitas elípticas, más o menos inmensas. Todos tienen sus estaciones, sus transformaciones geológicas, en tiempos diferentes siempre. Igualdad: en forma, movimiento y transformación. Variedad: en tamaño, fases, tiempo y ecuaciones. Las leyes universales, eternas e inmutables, invariables en su fondo, en sus regularizaciones; igualitarias, exactas, generales; *invariables* solamente en la retribución de fuerzas, materia y periodicidades, no pueden dar otro resultado.

Los días se suceden sin interrupción. ¿Habéis notado los días exactamente iguales en temperatura, estado atmosférico, aspecto del cielo, etc.? No. Las estaciones se suceden y cada año vemos una primavera, un verano, un otoño y un invierno. ¿Habéis notado dos primaveras, por ejemplo, exactamente iguales en tantos años que hayáis podido vivir? Ningún astrónomo ha registrado fenómeno semejante. Sería una anomalía.

En un bosque poblado de miles de abetos, nadie ha podido observar dos árboles iguales. Tienen todos la misma estructura arbórea, el mismo color, pero difieren todos en talla, forma y disposición de ramas o ramillas. Igualdad y variedad. Coged un número considerable de aves o pájaros de la misma familia, no encontraréis dos que no se diferencien en algo. Igualdad de estructura anatómica; variedad en proporción de partes y órganos, en disposición y número de plumas, etc. ¿Habéis visto dos rocas, dos glebas de tierra, dos útiles hechos hasta por el hombre, dos monedas hechas por el mismo molde, iguales entre sí, exactamente?... Yo creo que no hay en la construcción de un bloque cualquiera, de un conglomerado, grande o minúsculo, dos átomos o dos moléculas iguales, exactamente iguales.

Todos los hombres tienen dos manos, dos ojos, dos orejas, una nariz, etc., etc. ¿Habéis visto jamás dos narices, cuatro ojos, dos bocas, dos orejas iguales, rigurosamente iguales?

La fisiología humana clasifica los temperamentos para el estudio en tres partes o clasificaciones: en linfáticos, sanguíneos y nerviosos. No hay acaso dos individuos del mismo temperamento con igual dosis de disposiciones, pertenecientes al temperamento que los une en la misma clasificación fisiológica.

Sería prolijo enumerar casos de toda índole. Nos encontraríamos con el mismo resultado. Tendríamos que hacer idénticas conclusiones: Igualdad y variedad.

Igualdad en el aspecto general. Variedad en el detalle. Lo mismo que no debe haber dos átomos ni dos molécu-